



Jeong I-hyeon

Lo que
nunca
sabrás

Best seller en Corea.
Más de 100.000 ejemplares vendidos.

LO QUE NUNCA SABRÁS

Jeong I-hyeon

Traducción de Ana Becció

Título original: **너는 모른다**

Traducción del coreano al inglés: Chi-Young Kim

Traducción del inglés al español: Ana Becció

1.ª edición: abril 2015

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 9777-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-090-1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Personajes](#)

[Prólogo](#)

[1. El principio del principio](#)

[2. Paladar delicado](#)

[3. Mirando por la ventana](#)

[4. Lo que está en el lugar más obvio](#)

[5. La chica que no sonreía](#)

[6. Un hombre, nada más](#)

[7. Andando sobre el aire](#)

[8. La casa de las trece ventanas](#)

[9. La Chacona en re menor de Bach](#)

[10. Un gato en una caja de madera](#)

[11. Estrecha es la puerta](#)

[12. A través de la hoja quebrada](#)

[13. Enigma: 250x350](#)

[14. El trino del diablo](#)

[15. Una tarde inexistente](#)

[16. La vida se expande ante sus ojos](#)

[17. Sombras de marzo](#)

[18. Aves alzando el vuelo](#)

[19. Partes ocultas](#)

[20. Primavera negra](#)

[21. Dos mundos](#)

[22. Una tarde de carnaval](#)

[23. El viento sopla por la espalda](#)

[24. Ni un solo semáforo](#)

[25. Opciones](#)

[26. Lo que el domingo ignora](#)

[27. Muy lejos de casa](#)

[28. El principio del fin](#)

[Epílogo](#)

Personajes

Sang-ho: hombre de negocios

Hye-seong: hijo de Sang-ho

Eun-seong: hija de Sang-ho

Yu-ji: hija menor de Sang-ho

Ok-yeong: segunda mujer de Sang-ho y madre de Yu-ji

Mi-suk: primera mujer de Sang-ho y madre de Hye-seong
y Eun-seong

Ming: amante de Ok-yeong

Kang: socio de Sang-ho

Han: hombre de negocios

Jae-woo: amigo de Eun-seong

Yeong-gwang: investigador privado

El cadáver fue hallado el último domingo de mayo. A la hora en que los miembros del coro, ataviados con sus trajes color gris paloma, estaban sentados en sillas dispuestas en hilera detrás de la iglesia ensayando, bajo un sol deslumbrante, los himnos para el segundo servicio; esa hora en que las parejas que se habían visto por primera vez la noche anterior consumían otra ronda de sexo torpe y tórrido, indiferentes a las jaquecas que provoca la resaca; esa hora en que los hombres, vestidos con sus uniformes de equipos de la liga local de fútbol, corrían por las pistas de atletismo del colegio tensando y relajando sus músculos. Era una típica mañana soleada de principios del verano, con un cielo de nubes ligeras como plumas y una suave brisa del nordeste. La temperatura en el área metropolitana de Seúl era de 24,3 °C y la humedad del 57 por ciento; notablemente más alta que de costumbre. A pesar de haberse equivocado con el pronóstico de lluvia para el fin de semana, el Servicio Meteorológico de Corea no recibió demasiadas quejas, acaso porque era domingo y los empleados no tenían que pensar si debían coger sus paraguas para ir al trabajo.

No tenía nada de extraordinario que tres chavales de sexto grado anduvieran por la orilla del río a esa hora ni que un cadáver asomara a la superficie. Los niños, que vivían en un edificio de apartamentos situado no muy lejos de allí, solían jugar a menudo bajo el puente de la Y invertida. Cuando la Policía llegó al lugar, los niños estaban nerviosos y agitados por la emoción. El chaval que había avisado el cadáver flotando a la deriva declaró que, al principio, no se había dado cuenta de que se trataba de una persona.

—Vi una cosa grande flotando por allí, bastante lejos. Tengo buena vista, casi de un cien por cien. Mis amigos dijeron que era una bolsa de basura arrojada al agua. Dijeron que no era nada, pero a mí me pareció raro. Entonces fui a

casa a buscar los binoculares y regresé, porque, sabe, no soy de los que se asustan fácilmente.

La familia del niño poseía unos prismáticos pequeños, de 8X. Tardó poco más de quince minutos en volver al mismo lugar en bicicleta. Se colocó en el mismo sitio de antes, pero no tuvo necesidad de usar los prismáticos: el objeto de aspecto sospechoso se había acercado a la orilla. Pudo discernir claramente lo que era. El niño irguió los hombros y se puso de puntillas. Era un chaval valiente, pero en ese momento se llevó tal susto que se olvidó de los preciosos binoculares. Se quedó clavado en su sitio, inmóvil, hasta que al rato sus amigos regresaron y lo llamaron a gritos.

—Fuimos en bicicleta hasta la otra punta del puente y volvimos, y él estaba justo ahí. Yo miré en la misma dirección que él para ver qué estaba mirando y entonces eso... ese cuerpo...

Solo uno de ellos tenía un teléfono móvil. Sus padres se lo habían comprado al comienzo del año escolar; por esas fechas, en Anyang habían desaparecido varios alumnos de la escuela primaria. Los niños discutieron sobre si debían llamar al 119, Emergencias, o al 112, la Policía. El niño del móvil propuso llamar primero a sus padres, pero sus amigos se opusieron. Los agentes de la Policía local llegaron diez minutos después de la llamada de los niños. Y con ellos llegaron también unos detectives. Y un equipo de técnicos encargados de examinar la escena del crimen; llevaban unas maletas negras con los materiales e instrumentos necesarios para realizar las tareas de identificación.

Lo que encontraron fue el cuerpo de un hombre desnudo. Como la mayoría de los cadáveres hallados en el agua, tenía la piel hinchada por ósmosis y por el efecto del ácido sulfúrico. Había adquirido un tono gris amarillento y estaba resbaloso, como si lo hubieran untado con jabón.

Tenía la palma de las manos y la planta de los pies arrugadas como papel morera mojado, y un fluido sanguinolento le salía por la nariz y la boca. Todo eso indicaba que había estado cierto tiempo bajo el agua. Tenía los ojos cerrados y su expresión era inescrutable.

1

El principio del principio

A las nueve de la mañana del domingo 24 de febrero de 2008, Kim Hye-seong,* sentado a la mesa del comedor para seis personas, se esforzaba por no bostezar. Tenía resaca, se sentía afiebrado y con la cabeza embotada. El alcohol consumido la noche anterior circulaba aún por sus venas. Recogió despacio los granos de arroz con la punta de la lengua y se obligó a llevarse a la boca seca un poco de sopa de algas. El caldo que había preparado su madrastra estaba caliente y era reconfortante, pero tenía un sabor a ajo más fuerte que de costumbre. La comida de Jin Ok-yeong tenía siempre un sabor indefinido, como si cocinara guiándose al pie de la letra por la receta de un libro titulado *La enciclopedia de la cocina coreana*. Por alguna razón, esa mañana era algo diferente, aunque no podía adivinar por qué exactamente.

Un silencio crispado reinaba en la mesa. Kim Sang-ho, su padre, no había dirigido una sola palabra a Ok-yeong en toda la mañana, lo cual últimamente no tenía nada de raro.

Sang-ho comía mecánicamente. Mientras atrapaba con los palillos un poco de *banchan* o trituraba los bocados con sus molares, se comportaba como si su esposa y sus hijos no existieran. Estaba enfadado por algo y lo hacía saber, como si temiera que no fueran a notar su presencia en la mesa.

Ok-yeong, por su parte, estaba relajada y serena, no parecía afectada por la frialdad de su esposo. Sin inmutarse, dispuso los jarros con agua delante de cada uno de los comensales. Entraba y salía de la cocina desempeñando su

papel de esposa y madre con la mayor naturalidad. Comió casi todo su bol de sopa. Hye-seong iba a levantarse de la mesa cuando Ok-yeong preguntó de repente:

—Hye-seong, ¿estarás en casa esta tarde?

—No estoy seguro.

—¿Podrías quedarte hasta las dos? Es que necesito que le pagues a la estudiante que vendrá a dar clase a Yu-ji.

Yu-ji tenía dos profesoras de violín. La clase de esa tarde, a cargo de una estudiante de maestría, estaba destinada a preparar a la niña para un curso semanal con un profesor de música en una prestigiosa universidad privada. El año anterior, Yu-ji había empezado a estudiar seriamente con la finalidad de ser admitida en un conservatorio medio.

Hye-seong asintió con la cabeza de buen grado, pues sabía que Ok-yeong debía ir a Daejeon, a casa de sus padres, y estaría ausente todo el día. El día anterior la había escuchado hablar con la empleada, que venía a trabajar media jornada, y preguntarle si podía venir a jornada completa por unos días, ella estaría de regreso el jueves.

—Gracias —dijo Ok-yeong—. Si tienes que salir, le puedes pagar antes de la clase.

—Claro.

—Y a partir de mañana, la empleada os dejará la cena preparada antes de marcharse. Si deseas algo en especial, se lo dices de antemano.

—Vale. Ah, ¿irás en tu coche? Han dicho que puede nevar.

—Sí, lo vi en el telediario. No parece que vaya a nevar mucho. Pero no tiene importancia; en esta época del año echan sal en las carreteras.

Según una regla tácita establecida entre ellos desde hacía muchos años, no preguntó —tampoco ella se lo dijo— adónde iba ni cuánto tiempo estaría fuera de casa.

Sang-ho siguió comiendo sin hablar, como si no oyera la conversación. Hye-seong miró a su padre. Sang-ho iba a jugar al golf todos los fines de semana, incluso en pleno invierno, siempre y cuando las carreteras estuvieran despeja-

das. Si se encontraba en casa a esa hora, era porque su partida empezaba después de comer.

—Y tú —dijo Ok-yeong, adelantando una mano y poniéndola sobre el hombro de Yu-ji— no olvides practicar. Y toma tu medicina.

Yu-ji, con los ojos clavados en su bol de arroz, asintió con un movimiento tan leve de la cabeza que no quedó muy claro si había escuchado a su madre. Con la cuchara aplastaba el arroz dentro del cuenco, que seguía medio lleno. Hye-seong miró el mentón de su terca hermanastra y se acordó de cuando la había visto por primera vez.

Yu-ji nació en pleno verano, un día tan caluroso que sudabas aunque permanecieras sentado inmóvil. A los once años, Hye-seong era más bajo de estatura que ella en ese momento; tenía la costumbre de separar escrupulosamente las alubias del arroz o el tofu de su estofado con pasta de soja y vivía en Hwagok-dong con su abuela materna, la hermana gemela de esta última y Eun-seong, su hermana mayor. La casa en que vivían, una de las tantas viviendas de dos plantas, todas iguales, edificadas por el mismo promotor inmobiliario, se hallaba al final de una callejuela estrecha. Su madre las visitaba una vez a la semana y su padre, una vez al mes.

Aquel día, por primera vez en su vida, Sang-ho llegó en su coche y aparcó justo delante de la casa. Por lo general, acostumbraba telefonar cinco minutos antes para dar tiempo a que Hye-seong y su hermana salieran de casa y se dirigieran andando hasta el lugar donde él los esperaba. Pero ese día, cuando Hye-seong, que estaba en el suelo haciendo las tareas que le habían dado en la escuela para las vacaciones de verano, abrió la puerta se topó con su padre. Hye-seong le hizo una profunda reverencia; había visto a su padre por última vez hacía dos semanas. Sang-Ho, que, pese al calor que hacía, se había puesto una chaqueta y tenía el cutis lustroso y perlado de sudor, le acarició torpemente la cabeza. La repentina visita de su exyerno puso

nerviosa a la abuela, quien apenas podía ocultar su disgusto. La tía abuela, en cambio, trajo café helado con azúcar y se lo ofreció. Sang-ho se sentó en un extremo del sofá con las rodillas pegadas y bebió el café de un sorbo. No se quitó la chaqueta. La tía abuela dirigió el ventilador a la cintura de su invitado y lo dejó fijo para que el aire le diera de lleno.

—¡Eun-seong, ha llegado tu padre!

Aunque era imposible que no se hubiera enterado, Eun-seong no se había movido de su cuarto.

—Ay, Dios mío, seguro que se ha quedado dormida. Hace un rato bostezaba —dijo la tía abuela a modo de disculpa.

—Está bien. —Sang-ho hizo un gesto con la mano indicando que no tenía importancia. Miró los libros abiertos en el suelo—. ¿Cómo te va en el colegio? —le preguntó a Hye-seong.

—Son mis vacaciones de verano... —dijo el niño con una voz muy fina, aunque a él le hubiera gustado que sonara fuerte y gruesa.

—Ya —suspiró Sang-ho.

La abuela, que estaba sentada en el suelo, casi en el límite de la habitación, habló por fin:

—Entonces... ¿ha dado a luz?

—Sí, ayer.

Hye-seong, que no conocía la expresión «dar a luz», sintió un picor en las orejas, como un mal presagio. Su abuela le ordenó que fuera a cambiarse y se pusiera su ropa buena. No era de carácter afectuoso y solía ser brusca, pero tenía un miedo patológico a que alguien pudiera pensar que ella faltaba a su deber para con la familia. Nadie le dijo a Hye-seong adónde iban.

Siguió a su padre hasta el Sonata gris plateado y por vez primera se sentó en el asiento del pasajero en vez de atrás. Nunca había ido solo con su padre a ninguna parte. Cuando Hye-seong estaba por cumplir los cuatro años, sus padres se habían separado y al año siguiente ya estaban divorciados. Desde entonces, veía a su padre unas doce ve-

ces al año, como mucho. Se sentía incómodo al lado de ese hombrón, pero lo veneraba en secreto.

Fueron a un restaurante para familias. Se les acercó una camarera, con una cinta con orejas de conejo en la cabeza, a tomar el pedido y su padre ordenó todo lo que ella le recomendó y una gaseosa grande para Hye-seong. Su abuela y su tía abuela no le permitían beber gaseosas. Al cabo de un rato la mesa estaba llena de platos. Su padre le acercó una gran hamburguesa que chorreaba mostaza. Hye-seong trató de ser cuidadoso, pero igualmente se pringó las manos con aquella refulgente salsa amarilla. La camarera les trajo servilletas húmedas. Su padre cogió una, agarró las manos de Hye-seong y le limpió uno por uno los dedos. Cual relojero concienzudo e inexperto a la vez, lenta y metódicamente frotó cada uno de los diez dedos. Jamás su padre lo había tocado tanto tiempo seguido. Hye-seong se sintió confundido y atrapado, y, sin saber bien por qué, quiso librarse de esa manaza carnosa y salir corriendo.

De vuelta en el coche, su padre encendió un cigarrillo y el humo penetró por las fosas nasales de Hye-seong. Respiró tímidamente. El hombre, que conducía despreocupado con una mano apoyada sobre el volante, parecía muy distinto del que un momento antes le había limpiado las manos con dulzura.

El coche cruzó el río Han a una velocidad que apenas podía considerarse por debajo del límite legal. Llegaron a un barrio que Hye-seong no conocía. Pararon delante de un edificio de siete pisos, donde funcionaba un centro de obstetricia. Su padre cruzó con decisión el vestíbulo y Hye-seong lo siguió con paso brioso, procurando no rezagarse.

Su padre vaciló un instante ante una puerta cerrada.

—¿Quieres aguardarme aquí fuera? Será solo un momento.

Hye-seong se sentó en una silla. Miró el pasillo desierto. Todas las puertas estaban cerradas. Quería escaparse. La puerta se abrió apenas una rendija y su padre le hizo una seña desde el interior de una habitación *ondol* tradicional, con el suelo calefaccionado desde abajo. Hye-seong titu-

beó, preocupado por sus calcetines empapados de sudor, se desenlazó las zapatillas deportivas y sintió el olor que rezumaban sus dedos sudados.

La flamante madre estaba acostada, pero se había incorporado apoyándose sobre los codos; una posición que no parecía precisamente cómoda. Estaba tapada con una manta blanca. Mientras Hye-seong la contemplaba le vino a la memoria una imagen desdibujada de la mujer que el año anterior había cenado con ellos. No destacaba por su belleza y sus rasgos anodinos irradiaban una dulzura femenina tan común y simple como los tallarines fríos estilo Pyongyang que habían comido aquel día. No hizo denodados esfuerzos por congraciarse con los hermanos y tampoco se mostró distante. Su padre, en cambio, se había mostrado nervioso y había bebido varios vasos de *soju*. Eun-seong, la hermana de Hye-seong, había adoptado una actitud fría y no quiso probar ni un trocito de carne asada. Ella, y no su padre, que se emborrachó antes de poder anunciar oficialmente su relación con esa mujer, fue quien los acompañó en coche de vuelta a su casa y se despidió de ellos con un «Espero volver a verlos pronto», como una amable azafata al pie del avión.

Pero en la mujer que ahora tenía delante, cuyas cejas ya no estaban dibujadas con lápiz y parecían interrumpirse en medio de la frente, nada había de la vitalidad de aquella primera vez. Estaba pálida e hinchada, como una masa con demasiada levadura. Unas veinte horas antes había estado luchando con los dolores del parto que amenazaban con romperle la pelvis y había sobrevivido. La mitad inferior de su cuerpo se había desgarrado por el esfuerzo que había hecho para traer al mundo un cubo lleno de fluido amniótico y sangre y un bebé de más de tres kilos. Hye-seong nunca había estado tan cerca de una puérpera.

—Gracias por venir —dijo con una amplia sonrisa.

Él vio que al sonreír se le formaban dos arrugas oblicuas a ambos lados de la nariz. Hye-seong, sin saber qué decir, le devolvió la sonrisa. Su padre también sonrió. Hye-seong hizo una genuflexión en el centro de la habitación. Una sen-

sación surrealista de vértigo lo embargó cuando tomó conciencia de que los dedos de sus pies sudaban más que antes. La mujer le pidió a su padre que le alcanzara el colutorio bucal. Se enjuagó la boca y escupió en una palangana poco profunda. Su padre le explicó que la mujer no podía cepillarse los dientes pues tenía las encías hinchadas.

—Tendrás calor, visto que no podemos encender el aire acondicionado —dijo ella con voz débil—. Al parecer, las parturientas no debemos pasar frío. ¿Por qué no lo llevas a ver al bebé?

Padre e hijo salieron de la habitación y bajaron utilizando la escalera de emergencia. Detrás del cristal de un ventanal vio a los recién nacidos, todos en hilera, uno al lado del otro. Su padre se detuvo en el centro de la gran cristalera y señaló a Yu-ji. Todavía no le habían puesto ese nombre. La criatura, completamente fajada, era increíblemente pequeña y tenía la cara roja y arrugada. Solo un rostro de mil años podía tener semejante aspecto. Su padre dio unos golpecitos en el cristal con los nudillos.

—Mira, es tu hermano —le dijo a su hija—. Dile hola.

El bebé no movió una pestaña. Hye-seong, algo turbado, levantó la palma de la mano, pero la bajó enseguida. Sintió que se quedaba sin aliento, como zarandeado por una fuerza extraña. El bebé arrugó la nariz y rompió a llorar. Una enfermera lo alzó para calmarlo. Hye-seong no lloró.

Nunca se le ocurrió preguntarse por qué su padre lo había llevado allí aquel día. Cuando se hizo mayor, empezó a entender que Sang-ho era un hombre simple, estrecho de miras, que vivía a su aire y hacía cosas que a duras penas habría sido capaz de explicar. De pequeño, Hye-seong se había preguntado cómo era que se producía la vida, pero a poco de nacer Yu-ji descubrió que un bebé era concebido por un hombre que metía su pene dentro de una mujer y soltaba el semen. Cuando se enteró de eso, no dijo una palabra, se levantó de la mesa, fue al lavabo y vomitó.

Desde entonces, los años transcurrían sin que nada extraordinario ocurriera en la vida de Hye-seong, como la coorea que se va desgastando en el interior de un coche sin que nadie lo note, acallada por el estrepitoso runrún del motor. Todas las mañanas saludaba a su medio hermana, a su madrastra y a su padre. Recientemente se había dado cuenta, asombrado, de que tenía veinte años.

Ese domingo, después de desayunar, la familia se dispersó y cada uno se refugió en su ámbito privado. Tres otoños atrás, Sang-ho había comprado esa vivienda de dos plantas, que disponía, en la planta baja, de un dormitorio principal, un cuarto de vestir y una cocina, y de tres habitaciones en la planta superior. El cuarto de Eun-seong, vacío durante trescientos días del año, estaba intercalado entre los de Hye-seong y de Yu-ji.

Como siempre, Hye-seong cerró la puerta con llave, pese a que la única persona capaz de entrar sin llamar era Eun-seong. Su padre ni se asomaba a la escalera que conducía al segundo piso, jamás, y Ok-yeong subía exclusivamente para ir al cuarto de Yu-ji o a colgar toallas limpias en el lavabo. Las únicas que entraban regularmente en el dormitorio de Hye-seong eran las empleadas domésticas, que rotaban a menudo, para acomodar la ropa interior limpia y bien doblada en los cajones del armario. Se tendió en su cama. Seguía con la boca seca; del esófago le subió un eructo agrio.

Se sentía presionado. Faltaban apenas diez días para el comienzo del semestre de primavera. Debería haber avisado a su padre que pensaba tomarse unas vacaciones, pero algunas cosas lo habían desaconsejado. Más que nada, la perspectiva del dinero destinado a pagar su matrícula, algo muy tentador. Poco tiempo atrás, le había enseñado a su padre la factura que había falsificado con sumo esmero. Sang-ho estaba viendo la última vuelta del torneo LPGA por el canal de golf. En medio del ruido que metían las exageradas exclamaciones de admiración que puntuaban los comentarios del locutor deportivo, Hye-seong oyó su propio corazón latiendo con fuerza. Sabía que Sang-ho no